

A PIE  
DE CALLECATALINA  
Gayà

FERRAN NADEU

► Dos agentes de seguridad suben a un vagón del metro en la estación de la plaza de Catalunya, ayer.

# Todas las claves están en la red

**L**a marea verde avanzaba ayer a pasos agigantados por la calle de Elisabets y eso que lloviznaba y que ellos no lucían paraguas. Todos, casi todos, portaban la camiseta de la PAH –la de «Stop Desahucios»– y todos, casi todos, tenían un silbato a mano. Eran unas 60 personas que se dirigían a la sucursal del BBVA en la plaza de Catalunya. Algunos sonreían, otros se ponían al día sobre las últimas noticias de aquí o de allá. Una chica había llegado de la Anoia, los había de Sabadell, de Terrassa, de Barcelona y, a medida que avanzaban, se iban juntando simpatizantes, algunos se quedaban 10 minutos y otros, una hora.

Había habido «un chivatazo». Decía **Luz Fernández** que habían sabido que «2.000 directivos» del banco se reunían en Barcelona y no querían dejar pasar la ocasión para que estos supieran que no están de acuerdo «con las subastas, con las quitas, con los préstamos personales» y que nada de eso, decía **Fernández**, estaba en los «acuerdos del 7 de febrero».

**Luz Fernández** es farmacéutica, afectada de muchas maneras por los malos tiempos de este siglo XXI (hipoteca, sanidad, educación) y ayer explicaba que esas sonrisas y esos

andares seguros son «la conciencia colectiva» de que la justicia les está «dando la razón» y que se ha demostrado que, en el universo hipotecario, hubo muchas «cláusulas abusivas». Ella, con tres carreras y la de Derecho en camino, decía que lo más importante es negociar juntos.

Una chica, una afectada, cogía el megáfono. A su espalda, en la sucursal cerraban los accesos. Ayer nadie tenía intención de entrar. En febrero, lo hicieron durante siete horas

## Hace meses que las acciones de la PAH se anuncian con palabras simbólicas en internet

y empezó la negociación. Ayer solo era un: «Aquí estamos». Hace tiempo que las ocupaciones se anuncian con palabras clave en internet y nadie había escrito la palabra secreta, la que comparten todos.

«Entre nosotros hay policías, hay periodistas, abogados. Ya somos todos. ¿Quién puede controlar un chivatazo?», se preguntaba una chica. Decía un hombre si vendría **Ada Colau**, pero nadie le daba respuesta.

Me topaba con la marcha verde saliendo del metro. Había pasado una hora buscando a usuarios que se cuelan en el transporte público. Hace ya meses que en el metro, el bus o el tranvía se lidia esa batalla entre los que se cuelan (cerca de 50.000 personas al día) y los revisores, que ahora esperan junto a la salida y ejercen de verdaderos controladores.

En estos últimos meses, los que se cuelan han perfeccionado la estrategia hasta tal punto que son casi invisibles: una chica se convertía en mi sombra en la estación de Sarrià hace dos semanas y yo ni lo notaba hasta que ya habíamos pasado. Ese mismo día, asistía a una discusión en el ferrocarril sobre a qué hora desaparecían los revisores en Gràcia. Los chicos se sabían los turnos de los vigilantes. Sorprendida por tanta metodología, entablaba un diálogo con ellos y me explicaban que se saltaban la norma porque estaban «hartos de la crisis». En internet, decían, están «todas las claves» para aprender a colarse en el transporte público.

Ayer no encontré a nadie que se colara. Y eso que cada día veo a uno o a dos. En una pantalla en un vagón de metro, en Sagrada Família, se veía un muñeco que saltaba los torniquetes y, en otra imagen, aparecía el mismo dibujo tachado. Unos minutos después, en las escaleras del ferrocarril, en la plaza de Catalunya, se advertía que es obligatorio validar el billete. Me dirigía a la plaza de la Universitat y me topaba con el paso seguro de la PAH. ≡

cgaya@elperiodico.com